

Pascua de Resurrección para el renacer de la familia

Publicada en «Paraula-Iglesia en Valencia» el 16 de abril de 2006



¡Cristo ha resucitado! ¡Feliz Pascua de Resurrección! Con este grito de entusiasmo y de alabanza, millones de cristianos celebramos a través de los siglos este acontecimiento histórico por el que la Vida vence a la muerte, el amor al odio, la misericordia a la culpa, el perdón a la venganza, la entrega al egoísmo, la luz a la oscuridad y la rectitud a las maquinaciones.

En la larga y milenaria andadura de la Iglesia los hombres y mujeres de cada tiempo se han preguntado por el sentido de sus vidas y han encontrado respuesta en el mensaje de salvación que brota de Cristo resucitado.

La fuerza de la resurrección es una buena noticia irresistible, que sale de los templos para llegar a toda la ciudad. El tañido alegre de las campanas es testigo del deseo de hacer llegar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo un mensaje de alegría: tenemos pleno derecho a mantener nuestra esperanza viva, porque Dios está con nosotros y Jesucristo resucitado es la prueba de que nada nos puede apartar de su amor.

La fe del cristiano no es una ideología, ni una escuela

filosófica, ni puede reducirse a una doctrina para mejorar el mundo. La Resurrección de Cristo y con él la de todos los hombres y mujeres es la esencia del cristianismo. Hay vida tras la vida. Cada hombre, con sus pensamientos, con su identidad, como ser único e irrepetible merece ser inmortal ante la presencia de Dios.

La Resurrección de Cristo es la garantía de la credibilidad que merecen las palabras de Jesús cuyo mensaje de amor a Dios y a los hombres, y de perdón, sigue siendo tan bello, original y cautivador como cuando fue predicado por vez primera en el mar de Galilea o en las montañas de Tierra Santa, ante multitudes hambrientas del nuevo alimento espiritual que iba a cambiar la humanidad.

La consecuencia más inmediata del encuentro con el Resucitado es el anuncio de la Paz, que disipa el miedo. Sus contrarios, la violencia y el temor, van siempre unidos, y son los azotes que más esclavizan al ser humano. Solo somos libres con paz y sin temor, y solo se construye la paz allí donde se invita a las personas a aceptar la primacía de la justicia y del amor. La paz sin libertad no es verdadera: solo es una violencia disimulada y silenciosa.

Cristo ha resucitado, y con él podemos resucitar la familia humana al completo, pues el mensaje cristiano de fraternidad sin diferencia de sexo, raza o nacionalidad es universal tal como nos ha recordado el papa Benedicto XVI en su homilía del pasado domingo de ramos.

Toda la familia humana resucita con Cristo, y cada núcleo familiar puede confiar en él y en su mensaje de amor y de perdón para renacer —para siempre— a través del camino redentor de la cruz. El sentido cristiano del dolor no se recrea

en el daño: es una llamada a la superación personal, a seguir adelante frente a las adversidades que siempre se presentarán en la vida.

Quien huye del esfuerzo y no se atreve con las adversidades no puede superarse. La vida merece siempre ser vivida en toda su intensidad. El cristianismo es un canto a la vida frente a los que se quedan paralizados ante el dolor.

Resulta significativo que en la llamada sociedad del bienestar sea creciente el número de los que huyen del compromiso y del esfuerzo. “Complicarse la vida” fundando una familia, luchando por sacarla adelante, y venciendo los obstáculos supone un gran esfuerzo, pero también una gran recompensa. Amar de verdad es “*complicarse*” la vida. “*Complicarse la vida por el otro*”, eso es amor. Frente a los que propugnan las relaciones inestables, esporádicas, superficiales y descafeinadas, los cristianos apostamos por el amor verdadero y duradero.

Los cincuenta días de la celebración de la Pascua van a ser un progresivo acercamiento al **Encuentro Mundial de las Familias con el Papa**. Os invito a preparar una incomparable fiesta de la alegría de vivir para toda la humanidad.

Con mi bendición y afecto,

[Regresar](#)